

Memoria y Género. Clandestinidad en tiempos de dictadura

Jimena Silva Segovia
Universidad Central, Sede Antofagasta, Chile.

Escuela de Psicología, Universidad Católica del Norte
Antofagasta, Chile
jimeluz@gmail.com

Introducción

En esta ponencia, discutiré algunos aspectos de la relación entre memoria individual y colectiva, a través del relato biográfico de una chilena exiliada, en circunstancias sociopolíticas, vividas por las mujeres con particular crudeza. El propósito, es construir puentes interactivos, entre relatos mínimos y los grandes relatos de la dictadura. Contribuir con historias no oficiales, al conocimiento de hechos traumáticos, como el desarraigo y la fragmentación forzada de las familias en la sociedad Chilena. Recuperar vidas silenciadas, facilitar la emergencia de dolores que pugnan por salir, expresando ciertas traiciones. Relatos que, al ser conocidos, servirán de guía para la interpretación de dinámicas políticas y de género, vigentes en la sociedad chilena. Las principales fuentes, se vinculan a la producción teórica, en torno a memoria y género, tales como Acuña, 2001; Rebolledo, 2001, 2005; Martínez, 2005; Grinberg & Grinberg, 1996; Vásquez & Araujo, 1990; Richard, 2000, 2001; Vidaurrázaga, 2005, entre otras. En la discusión se exponen tensiones e implicancias del desarraigo, tanto en la protagonista como en sus hijos, vinculándose con recuerdos, virajes o rupturas, que cambiaron su destino, con partes de la memoria colectiva de Chile.

La propuesta de la ponencia, se centra en la idea de iluminar hechos históricos de la memoria emblemática chilena, con fragmentos de la historia de vida de una mujer que llamaré Daniela. Respetando su decisión, y para garantizar su anonimato, he editado datos de identificación de la familia. Ofrecer estos relatos, se constituye para la narradora en parte de un proceso de búsqueda de paz interior frente a recuerdos reprimidos, que pugnan por emerger. Intentando que su memoria cese de reeditar miedos, traer el dolor del desarraigo, la no pertenencia y la fragmentación familiar con su consecuente soledad. Aunar las fibras, entrecruzar, recomponiendo los fragmentos del olvido. Entre memorias y olvidos, su relato, va creando nuevas versiones biográficas del duelo vivido. Así también de las culpas experimentadas¹, entre ires y venires en diversos territorios: geográficos y simbólicos. Envuelta en un incesante movimiento, entre exilios, retornos, sentimientos de inadecuación hasta la recuperación de autonomía y autoconfianza. Culpa por lo que pudo hacer y no hizo, duelo, por los que se quedaron y ya no están e inadecuación por la mantención testaruda de ciertos ideales. Miedo por lo que guarda y debe seguir silenciado. Hasta el empoderamiento del sí mismo, que le guió a la autonomía.

Síntesis de la biografía

Daniela como sujeto femenino se encuentra situada en una generación que participa activamente en un cambio político-cultural hacia el socialismo. Al momento de los hechos desencadenantes, 11 de septiembre de 1973, había cumplido 18 años, era estudiante y comprometida militante de la juventud comunista desde los 12 años. Es una joven de clase media, perteneciente a un grupo familiar de cinco personas: madre y padre profesores, militantes de izquierda activos, y 2 hermanos. Un grupo en que el modelo relacional estaba en transición entre lo normativo y la negociación. Antes de la dictadura, se planteaban grandes expectativas sobre la educación y el

¹ León Grinberg, y Rebeca Grinberg, *Migración y exilio. Estudio psicoanalítico*, Buenos Aires, Editorial Biblioteca Nueva, 1996.

futuro profesional de sus hijos/as. Además se repensaban las formas tradicionales de familia imperantes en Chile de los 70's. Se manejaban reglas más o menos flexibles y se lidiaba con las tensiones generacionales entre duras sanciones y aperturas. Posterior a la dictadura, mantiene actividad política clandestina durante 10 años. En la última etapa junto a su pareja, arriesgan su seguridad como colaboracionista del MIR, quienes en un momento crítico de alto riesgo, los abandonan dejándolos en peligro de ser capturados por la CNI. Casada con tres hijos de 1 a 6 años, debe exiliarse el año 1983. Al momento del relato biográfico Daniela tiene más de cincuenta años, es profesional, vive en el norte del país y han pasado 9 años desde su retorno a Chile.

Reflexiones en torno a la problematización

La experiencia de exilio y desarraigo de Chile, así como el ejercicio de recordar, han alimentado la memoria nacional, de distintos modos. Sin embargo, muchas memorias, -como en otras épocas de la historia nacional-, han quedado marginadas, fragmentadas o encerradas, ya sea por efectos psicosociales, como el miedo, la intensidad del trauma que las ha encapsulado o la muerte. Ya sea, por la jerarquización arbitraria con que se distribuyen los espacios para el recuerdo, entre otros factores implicados en el olvido.

Sin duda, ya lo dicen los/as autores/as, no es posible recuperar todos los rastros de la memoria en la vida de los pueblos. Pero sí, influir en los procesos de codificación de lo que se recuerda, en el establecimiento de las huellas de experiencia presentes, que en el futuro serán huellas del pasado: "también hay que tener en cuenta que sólo se recuerda aquello que sirve para algo en el curso de las acciones presentes. En un sentido, el recuerdo es importante, como también lo es el olvido".² Además, desde la perspectiva de la memoria emblemática, ésta no es una sola memoria, una "cosa" concreta y sustantiva, de un sólo contenido. Más bien, como manifiesta Steve Stern³ es un marco, una forma de organizar las memorias concretas y sus sentidos, abriendo debates entre la memoria emblemática y su contra-memoria. Por ejemplo, aquellas memorias que recuerdan los hechos del 11 de septiembre como la salvación de un país en caos o que consideraron la dictadura como una guerra necesaria.

Entre lo doméstico y la participación clandestina

En la década 1973-1983, Daniela, había vivido una serie de transformaciones identitarias. Había pasado de pertenecer a una cultura colectiva de ricas interacciones personales a una cultura opresiva y violenta, en distintos contextos: social, intelectual y afectiva. Como mujer, estaba transversalizada por obediencias y transgresiones a una serie de normativas de género. Retomar los procesos que le llevaron al exilio, después de 10 años en dictadura, como militante, como madre, y esposa, significa, mirarse desde el pasado, al presente, en un doloroso saltar obstáculos. Tal como indica Triulzi, citado en Le Goff, vencer resistencias, temores, interpelando los recuerdos personales y familiares, las historias locales, todo un complejo de conocimientos no oficiales, no institucionalizados, que "no se han cristalizado todavía en tradiciones formales (...) que representan de algún modo la conciencia colectiva de grupos enteros (familias, aldeas) o de individuos, (recuerdos y experiencias personales) contraponiéndose a un conocimiento privado y monopolizado por grupos precisos en defensa de intereses constituidos".⁴

² Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst, *Memoria Colectiva e Identidad Nacional*, Madrid, España, Biblioteca Nueva, 2000.

³ Steve Stern, *De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile 1973-1998)*. En: Mario Garcés et al (comp.) *Memoria para un nuevo siglo*, Chile mira hacia la segunda mitad del siglo XX. Santiago de Chile, LOM, 2000.

⁴ Alessandro Triulzi, 1977. En Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991 [1977], p. 183.

En el Chile de esta época, aun con las grandes transformaciones que se habían vivido hasta 1973, las fronteras tradicionales fijadas para las mujeres se encontraban en plena vigencia.⁵ La participación política femenina, si bien había tenido un repunte con la Unidad Popular (U.P.), mejorando la visibilidad pública y las relaciones laborales, generalmente las mujeres jóvenes, como Daniela y otras mayores, se ubicaban subordinadas jerárquicamente al: padre, al hermano, marido, jefe o dirigente masculino. Las mujeres militantes, vivían el peso de una doble exclusión: por ser mujeres y estar al margen, actuando en clandestinidad.

Las mujeres de sectores populares, participaban hasta 1973, trabajando arduamente en los sindicatos y organizaciones de base, por el bienestar y la protección de sus grupos, ollas comunes, sindicatos y centros de madres. Sin embargo, su protagonismo era prácticamente invisible. Como colectivo, no lograban acceder a puestos de liderazgo y decisión, donde se reconocieran sus capacidades y propuestas políticas. Pocas mujeres en la época, actuaban por su cuenta; casi todas las que se destacaban eran esposas, amantes, hijas de hombres notables o emparentadas con varones políticos.⁶

Karin Grammatico, en su análisis, sobre los procesos de construcción de la memoria de las mujeres agentes de los años '70 en Argentina, al igual como Daniela en Chile, señala que las dinámicas militantes de las mujeres de izquierda de la época, dio origen a un singular recorrido posterior, que transformó esa participación, en compromiso político con el feminismo, en fuerza organizativa y reconocimiento. La autora observa que en los testimonios brindados por mujeres militantes, se encuentran una serie de momentos significativos: “el malestar por el rol secundario que cumplían en sus organizaciones, la manifestación de ciertas inquietudes en torno a lo que en la época se podría denominar “la problemática de la mujer” y a su vez, el rechazo de cualquier tipo de cuestionamiento de raigambre feminista, por considerarlo como expresión de una conciencia burguesa y pro imperialista y finalmente el acercamiento al feminismo en condiciones de exilio”⁷ trayecto que abre numerosos interrogantes para pensar la participación política, de las mujeres en la primera mitad de la década.

Que las mujeres en la década de los años 70, tuvieran mayor acceso a la educación – ya que muchas generaban sus ingresos y controlaban mejor su fertilidad- fue una innegable transformación que favoreció a mujeres de la clase media en América Latina. Sin embargo, esto no garantizó la ampliación de la ciudadanía femenina. En el otro polo, la situación participativa de acceso a conocimientos, y a tecnología preventiva, era desfavorable para la gran mayoría de las mujeres más pobres. Las distancias de clase y género, para la participación política ha sido una constante: antes del golpe, durante la dictadura, hasta la actualidad. Durante la dictadura, las diferencias se acrecentaron, debilitándose los avances logrados por las mujeres en todos los planos de la relación social. Para las mujeres militantes, significaba actuar en un espacio tradicionalmente masculino. Aún en los partidos revolucionarios, en su orgánica, operaba la misma lógica sexista que el sistema que se combatía: jerarquías, ordenamiento verticalista, un sistema de obediencia tradicional al dirigente, que mayoritariamente era masculino y actuaba de vigilante y sancionador del comportamiento moral de las mujeres.

Sin duda, en ese periodo las mujeres se abrían espacios en la esfera de lo público hacia la autonomía, asumiendo obstáculos y dificultades (sobrecarga de responsabilidades, triple jornada, baja o nulas redes de apoyo para la crianza de los hijos: salas cunas y jardines infantiles estatales, etc.). Esas mujeres transgresoras a los mandatos de género tradicionales, ofrecían un matiz innovador en el escenario, en organizaciones barriales, universitarias, de Organismos No Gubernamentales (ONGs), que favorecían la esperanza de transformación sociocultural. En los

⁵³⁰ Elsa Chaney, *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. Explica que para 1970, las mujeres de clases media y media alta, en Chile habían alcanzado el 46% de la población universitaria en la U de Chile

⁶ Schmidt, 1975. Citado en Elsa Chaney, *op.cit.*

⁷ Karin grammático, 2005, *A propósito de Historia, Género y Política en los 70*. En Eva Rodríguez, AA.VV, compilado por: Andrea Andújar, Débora D'Antonio, Nora Domínguez, Karin Grammatico, Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, María Inés Rodríguez y Alejandra Vassallo. *A propósito de Historia, Género y Política en los 70*, en <http://www.feminaria.com.ar/colecciones/temascontemporaneos>, *Aljaba (Luján)*, ene./dic. 2006, vol.10, p.238-241, 2005, p., 19.

diez primeros años del régimen militar, se desplegó una fuerte campaña por el retorno del matrimonio católico, el amor para toda la vida y, principalmente, la maternidad. “Se van a redefinir los valores, la identidad y los roles de la mujer como parte del proyecto fundacional”.⁸ Se proyectaba refundar una nación liberada de influencias foráneas. Así fue que “empezaron nuevamente a hacer noticia los grandes y pomposos matrimonios y nacimientos de las familias de apellidos: los periódicos y revistas de la farándula publicaban fotografías y reseñas biográficas que parecían salidas de cuentos de hadas, mientras en el país desaparecían jóvenes hombres y mujeres obreros, estudiantes o ex dirigentes sindicales”.⁹

Se restringió en el periodo de la dictadura, el debate sobre el divorcio, el aborto y los roles de género a grupos dispersos de mujeres de clase media. Discursos, relativos a las problemáticas de género que se trasmitían de boca a oreja o en boletines y revistas de circulación limitada, que hacia mediados y finales de los 80’s “va tomando fuerza en el discurso feminista y de las mujeres organizadas identificadas con la izquierda”¹⁰.

“El discurso público oficial, ligado al proceso de institucionalización del régimen militar, articulará un discurso de recomposición de los valores más tradicionales asociados a la mujer, lo femenino y los roles diferenciados de género”¹¹ (...) “Quién ama a otro eligiéndole como pareja, lo hace por y para siempre (...) quién desea la sobrevivencia de una humanidad en que primen los valores morales y espirituales sobre los materiales tendrá que optar por una negativa franca al divorcio”.¹²

En Chile el escenario relacional se transformó rápidamente como consecuencia de la desconfianza y el temor: cualquier amigo o conocido podría ser un delator. Se produjeron modificaciones socioculturales profundas, especialmente en la intimidad o al constituir pareja, había que estar muy seguro de la verdadera identidad e intención del otro. Además, las personas se fueron dando cuenta que convenía ocultar la mayor cantidad de detalles sobre la vida privada, o sobre lo que se pensaba, por el riesgo que representaba, tanto para la propia persona, como para sus familias. La ruptura con la familia de origen resultaba muchas veces inevitable por los quiebres ideológicos que podrían existir en su interior. Esto obligó a revisar y redefinir los conceptos de hogar, familia y pareja¹³. En las relaciones sociales se dislocaron los códigos comunicacionales, se homogenizaron los comportamientos a partir de la neutralización de los contrapuntos diferenciadores,¹⁴ los antagonismos fueron acallados con el miedo y el disciplinamiento brutal de los cuerpos.

En el país se estaba viviendo un brusco cambio, con la rearticulación de movimientos opositores a la dictadura. Desde fines de 1982 y comienzos de 1983, los/as disidentes empezaron a realizar manifestaciones públicas. Son protestas nacionales que se materializan a partir del 11 de mayo de 1983. Estos eventos fueron convocados por grupos organizados en el Comando Nacional de Trabajadores. Al mismo tiempo que despertaban los trabajadores, también se animaron los partidos que estaban prohibidos comenzando a desarrollar mayores actividades públicas. Fue un renacer político, dormido por casi una década.

Como señala Vidaurrázaga,¹⁵ en su análisis, de las relaciones de género al interior del MIR, “Las tensiones identitarias mujer-militante, el debate sobre las prioridades de la lucha de clases, versus la lucha contra el patriarcado, la construcción artificial de la dicotomía

⁸ Olga Grau, Riet Delsing, Eugenia Brito y Alejandra Farías, *Discurso, Género y Poder. Discursos públicos: 1978-1993*, Santiago de Chile, Lom, Arcis, La Morada, 1997.

⁹ Jaime Barrientos y Jimena Silva. *De la restricción a la equidad. Estudio del Comportamiento Sexual en la II Región de Antofagasta*, Antofagasta, Chile, ORDHUM, Universidad Católica del Norte, 2006, p.48.

¹⁰ Olga Grau, et al, *op. cit.* P.11.

¹¹ *Ibidem*, p.10

¹² Sara Navas, dirigente del partido derechista Renovación Nacional, El Mercurio, 1982. En Olga Grau, et al, *op. cit.*, p. 119.

¹³ Julio Pinto y Gabriel Salazar. *Historia Contemporánea de Chile IV, Hombres y Femenidad*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002.

¹⁴ Nelly Richard, 2000, *Políticas y estéticas de la memoria*. En Martínez Claudia, “La memoria Silenciada. La historia familiar en los relatos de tres escritoras chilenas: Costamagna”, *Taller de Letras* N° 37, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 2005.

¹⁵ Tamara Vidaurrázaga, *op.cit.*, p. 196.

público/privado, la supuesta contradicción entre maternidad y combatiente y el terror ante mujeres que podían controlar la vida y la muerte, fueron tensiones que se mantienen hasta nuestros días”.

No sólo en la organización interna del MIR se producían tensiones de género, que generaron divisiones y rupturas, sino en la mayoría, -por no decir en todos- los partidos de izquierda. Estos como parte de una estructura social de tipo jerárquico piramidal, como se ha tipificado también la sociedad chilena en la cual “se preservan importantes bolsones de conservadurismo, no sólo en las clases populares más distantes de las consecuencias acarreadas por la modernización, sino en los sectores con alto capital económico y cultural. Son éstos los que aparecen como portadores y reproductores del conservadurismo ideológico y como bastión impermeable a los cambios”.¹⁶

En estas jerarquías, los partidos de izquierda imponían mandatos a sus integrantes, hombres y mujeres, que en muchos casos “significaba intromisiones en la vida personal y familiar, de sus militantes”¹⁷, principalmente estrictos en la vigilancia de las conductas morales de las mujeres y mayor permisividad con los varones. Hubo algunos donde “el colectivo debatía sobre las separaciones, y recomendaba la mantención de las parejas bajo pena de expulsión del partido si no se acataba”.¹⁸

Traiciones

Los/as militantes de izquierda que actuaban en clandestinidad, principalmente jóvenes, estaban concientes que debían asumir riesgos. Uno de ellos, era la pérdida de los vínculos afectivos, con los hijos, parejas y padres, por el trabajo político. Otros, era el enfrentar la posibilidad de la muerte, o la prisión. Otra cosa, sin embargo, significó enfrentar ser traicionado por abandono de sus núcleos políticos, delaciones bajo tortura, o la traición de los principios de base. Esta última forma de traición, mantuvo tensionada a las agrupaciones en clandestinidad de manera permanente, debilitando y disgregando a los/as militantes. Los riesgos se agudizaron durante los eventos críticos de finales de 1983 en Santiago. Cada militante en clandestinidad, había tomado su decisión vinculada al compromiso con sus partidos u otras organizaciones de izquierda. Es el caso de Daniela, siendo militante de la Juventud Comunista colaboró con el MIR. Decisión, asumida en acuerdo con su esposo, militante del MAPU-Garretón la que les cambió la vida definitivamente.

En este escenario, específicamente, las mujeres activas de izquierda, viven con gran crudeza la violencia institucionalizada desde el estado autoritario-dictatorial, que traiciona sus principios de protección a la nación. Se desplazan desde el cuartel hacia los espacios de administración de instituciones públicas, infiltrándolo todo, acusando y denunciando a diestra y siniestra. En esos movimientos soterrados muchas mujeres-activistas, caen detenidas, siendo torturadas bajo los más cruentos sistemas. Llevadas al extremo, amenazadas, devastadas muchas resistieron. Quebradas bajo la maquinaria de la violencia sexual utilizada como herramienta principal de tortura,¹⁹ hasta que parieron una traición. Casos emblemáticos son los de Luz Arce y la Flaca Alejandra.

Estas formas de colonización intrasujeto de la violencia, traspasaron hacia el ámbito sociocultural extendiéndose en las relaciones sociales y en la intimidad: como formas de violencias encubiertas rigidizaron las normativas familiares, afectivas y educativas, que dan pie al recrudescimiento de las relaciones de hegemonía masculina. Estas repercutieron al interior

¹⁶ Javier Martínez y Margarita Palacios, *Liberalismo y conservadurismo en Chile. Análisis sobre las opiniones y actitudes de las mujeres chilenas, al fin del siglo XX*. Grupo de iniciativas de mujeres, GIM, 2001. En Ximena Valdés, Christine Castelain-Meunier, Margarita Palacios, *Puertas Adentro. Femenino y masculino en la familia contemporánea*, LOM, CEDEM, Santiago, Chile, 2006, pp. 30-31.

¹⁷ Loreto Rebolledo, 2003, *El impacto del exilio en la familia chilena*. En Teresa Valdés y Ximena Valdés, *Familia y vida privada*. Santiago de Chile, FLACSO-Chile, CEDEM, UNFPA, 2005.

¹⁸ Javier Martínez y Margarita Palacios, *op. cit.*

¹⁹ Rubí Carreño, *Escenas del peep show: pornografía y genocidio en textos del ochenta al dos mil*. En Sonia Montecino Aguirre (compiladora) *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*. Santiago de Chile, Catalonia, 2008.

de los partidos de izquierda. Un efecto de ello, lo vemos en la historia de Daniela, quien debe asimilar la traición de sus camaradas del MIR, que impusieron el sacrificio a sus colaboradores de menor jerarquía, no sólo en el caso de esta familia.

Hijos del exilio: del miedo hacia la libertad.

En este sentido, para la generación de los hijos de Daniela, criados, y educados fuera de Chile y con una trayectoria de afectos construida en el exilio de sus padres, en la dinámica identitaria, se amplía el universo simbólico, real e imaginario. Incorporan diversos códigos culturales, educativos, lingüísticos nuevos. Se integran a otros mundos de creencias, juegos, olores y colores. Las materialidades que los acogen extienden sus territorios, barrios, y habitaciones. Universo, urdido con lugares de memoria múltiples: el exilio de su abuelo y abuela maternos, y los lugares de memoria individual relevados por Daniela. Se cargan de significación esos recuerdos, figuras familiares, que se vuelven emblemáticas en la biografía. Además, con los reencuentros periódicos con la familia paterna que vivía en Chile. Vínculos, que les permiten recuperar fragmentos identitarios de su país de origen, el sentido de familia ampliada, nuclear; primos/as y tías/os. Además reconocer espacios, comidas y fiestas. Procesos de construcción identitaria, que poseen connotaciones de arriago-desarraigo.²⁰

“En el caso de la segunda generación, de niños/as y jóvenes hay un doble problema, por un lado se marginaliza su experiencia y por otro (...) hay una generación que posee el sentido del pasado, que lo transmite y la otra lo recibe en un proceso más o menos simple (...) Memoria e identidad son dos fenómenos que se entrelazan debido a la necesidad de estructurar una identidad que funcionara para el retorno, lo que en el caso de los/as jóvenes tensa la construcción de su propia identidad”.²¹

De esta manera, la identidad se resignifica con diversidad de representaciones, matizadas por los relatos histórico-oficiales de su país. “En los primeros años del exilio, la marca del dolor en mi existencia se traspasaba a ellos en la vida cotidiana (...) Hablar de Chile, “tomar caldo de cabeza” nos decían. Escuchar música chilena, leer poesía chilena, reunirse con chilenos/as. Hacer trabajo de colaboración desde fuera hacia Chile, estar pendiente de las noticias, recordar, llorar. La nostalgia era visible en lo cotidiano, entrecruzada, con los aspectos positivos de la adaptación entre la sensación recuperada de libertad, la melancolía de lo perdido y la ilusión del retorno”.

Para Daniela, fue una exigencia doblemente intensa, (por extranjera, militante, madre y esposa) tener que lidiar, por ejemplo, con el prejuicio de otras mujeres, del padre de sus hijos, de los dirigentes que observaban constantemente su comportamiento. Se instaló sobre ella la vigilancia automática. Se la ponía en contraste con los estereotipos construidos sobre una “mujer normal, de bien”, de su clase, y que ha quedado sola. No tienen nada que hacer fuera del hogar o del trabajo, paradas mucho tiempo en una esquina o en un café o un bar. Su prestigio se resiente, dañando la moral familiar o la orgánica partidaria. En las culturas androcéntricas, las mujeres militantes (esposas, madres, hijas, pensadas en obediencia no solo a la pareja sino al partido) vivieron contradicciones constantes. Por una parte, la educación formal que recibieron no las imaginaba organizando sus vidas independientes de un guía masculino, o abiertamente autónomas. Tampoco en los partidos de izquierda se permitía demandar o renegar de los mandatos de género. Sin embargo, los ideales humanistas que los concebían como organizaciones contra-dictadura se basaban en la oposición al sistema de dominación.

Daniela, entre 1988-1997, inició un complejo periplo de recuperación de sí misma, a un alto costo afectivo. Rompió los esquemas de obediencia, que le señalaban su lugar sujeta a la esfera privada. Tomó las oportunidades que se abrieron paulatinamente, estudiando y trabajando. A partir de ese periodo, desarrolló sus capacidades y autogestionó la satisfacción de sus necesidades. Ese proceso de transformación identitaria, debió enfrentar obstáculos

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibidem.*, p.1.

vinculados a su condición de mujer, madre y jefa de hogar: prejuicios y críticas, soledad, acoso. Así también, asumió desafíos y sus costos. Estos cambios, coexisten con la exigencia de los roles de género diferenciados, tanto en la cultura chilena donde ha sido socializada, y en la cultura donde se ha instalado.

Reflexiones finales

En estos años post dictadura, sectores de la sociedad chilena, han convertido en práctica, el borronamiento del horror vivido, alcanzando casi un punto difuso de la historia, que reaparece cada cierto tiempo como eventos puntuales. La fractura social causada por el régimen militar, se ha rellenado con unas formas de conformismo adaptativo, alimentado por un pseudo bienestar-consumo. Estas prácticas de contornear la problematización que posee aún la violencia política vivida, “inhibe las recordaciones de la memoria; que censuran las conexiones entre pasado y presente”.²² En la vida cotidiana, la memoria de la violencia es un dato nostálgico, que hace noticia en la prensa en medio de otras violencias sociales, pareciera que los esfuerzos en torno a los derechos humanos no fueran una responsabilidad de país, de la sociedad en su conjunto, que ha ido perdiendo la memoria de la experiencia con el desarraigo y el miedo.

Los hechos histórico-políticos, vinculados a la narración biográfica de Daniela y su familia suelen considerarse entre la militancia de izquierda, como sacrificios necesarios, innombrables que deben silenciarse por inadecuados o vergonzosos. Tal vez por ello se encuentren análisis de estas circunstancias, sólo en trabajos académicos de historiadores/as o feministas críticas. La mayoría de esas historias, se ubican en el plano de las estadísticas, en las memorias anónimas no oficiales, o historias mínimas resumidas en informes. Historias, que pasan a un lugar subalterno, por no corresponder a grandes personajes, quedando restringidas a los anecdóticos de la vida privada, recordadas entre las copas de madrugada donde afloran los dolores íntimos.

Como parte de la memoria emblemática de Chile, el exilio, extrañamiento, autoexilio, se ubica en el centro de las familias chilenas. Recuerdos que pueden pertenecer a los derrotados, o a los vencedores, pero si escudriñamos estas memorias, se puede encontrar algún vínculo entre ambas experiencias. A muchas familias o grupos, obligadas a realizar este brusco viraje, les cambió el destino –a muchos les abrió el mundo de las oportunidades-. Examinando las historias de las genealogías, es seguro que encontraremos como en la biografía de Daniela, al menos a tres grupos, de tres generaciones involucrados: abuelos/as, padres madres e hijos/as.

Para “las generaciones vencidas” la peor derrota, es la no documentada, porque no posee lecciones que contrastar, ni posibilidad de segundas lecturas y menos de nuevas interpretaciones. “No hay peor derrota, que la ignorancia que alguna vez ocurrieron sucesos aparentemente increíbles para los “ojos normales”, y que en su tiempo y circunstancia, fueron la cotidianeidad de otras personas normales que no hicieron nada más, que empinarse sobre sus propios zapatos”.²³

Daniela regresa a Chile en 1998, habiendo rearmado su historia como mujer, madre y profesional, asumiendo este nuevo giro biográfico. Retorno, que supone afrontar su historia y su memoria que no cesan de remitirle recuerdos de lo vivido, esta vez, memoria transformada en fuerza que sostiene su resistencia al olvido. También, se instalan en la memoria colectiva, como lecciones que no se pueden repetir, ni como país, ni como sujetos sociales: desigualdades, exclusiones, normativas autoritarias, subordinación de género y políticas, que reproduzcan las violencias vividas en el pasado.

²² Nelly Richard, *Residuos y Metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2001, p.39.

²³ Tamara Vidaurrázaga, *op. cit.*, p.197